



EN TIERRA INHUMANA

Józef Czapki

Traducción (<pol. *Na nieludzkiej ziemi*) de Anna Rubió Rodón y Jerzy Sławomirski
Barcelona, Acantilado, 2008

«El juez Czapki seguramente no quería sentenciar el universo, sabía que no le daría tiempo...» De alguna manera las palabras de Adam Zagajewski acerca de la vida de Józef Czapki van destinadas al libro que presentamos, aparecido en la editorial barcelonesa Acantilado en febrero de 2008. Se trata de *Na nieludzkiej ziemi*, traducido al español por A. Rubió y J. Sławomirski con el título de *En tierra inhumana*, en el que se encuentran dos escritos diferentes –lo advierte el propio autor en las primeras páginas del libro– en cuanto a objetivo y estilo.

En el primero de ellos, titulado «*Memorias de Starobielsk*», el estilo es sencillo y directo, mezcla de testimonio e informe, propio del libro de recuerdos que escribe. Con un grito calmo, escrito con toda precisión de fechas y números –lo que nos demuestra su prodigiosa memoria y el esfuerzo por recabar toda la información posible– Czapki relata las terribles consecuencias que, para Polonia en

particular, tuvo el pacto Mólotov-Ribbentrop en el contexto del comienzo de la II Guerra Mundial. Lo hace en primera persona, desde su condición de oficial polaco, por lo que constituye una prueba indeleble de un hecho histórico largamente silenciado: la reclusión de miles de oficiales polacos en los campos de concentración soviéticos de Starobielsk, Kozielsk y Ostaszków, y la posterior matanza de la mayoría de ellos en los campos rusos de Katyń. Al haber sido escrito antes del descubrimiento de la matanza de Katyń, Czapki añade al final del libro un capítulo titulado «La verdad sobre Katyń», en el que expone las tesis nazi, soviética y polaca, llegando a la temprana conclusión –pues el capítulo se publicó por primera vez en 1945– de la autoría soviética. Autoría, por otra parte, no reconocida por las autoridades rusas hasta la década de 1990, lo que ha supuesto uno de los máximos escollos diplomáticos entre Polonia y Rusia durante la segunda mitad del siglo XX.

Józef Czapki constituye, por su condición social y capacidad profesional, uno de los tristes ejemplos de los prisioneros polacos en los campos soviéticos. Estudia leyes en San Petersburgo, en la Rusia zarista, pero al estallar la revolución se instala en la Polonia independiente de la época de entreguerras. Pronto entra en contacto con los círculos ar-

tísticos de Varsovia. Sin embargo, consciente de la situación de debilidad de Polonia, decide enrolarse en las filas del ejército polaco. Esta dualidad, esta búsqueda de lo estético y lo ético a un tiempo, impregna toda la vida y la obra del autor polaco. Lo observamos incluso en las páginas de *Memorias de Starobielsk*, en las que lleva a cabo el recuento de los presos militares. Aparecen en el texto pequeños párrafos, a veces una simple oración, en los que testimonia, después de haber narrado brevemente la vida de algún compañero recluso, la ausencia de noticias posteriores sobre su paradero, es decir, su más que segura muerte. Lo hace como el pintor que es, consciente del peso de una pincelada aislada y brutal en medio de colores armoniosos.

La historia de eminentes médicos, cirujanos, científicos de toda clase, arquitectos, filólogos y demás hombres de carrera, se mezcla con la más profunda de la miseria de una reclusión que hacía de todos ellos seres semejantes. La ingenuidad del primer momento —Czapski reconoce la inicial confianza depositada en el ejército soviético— da paso a la cruda realidad de la reclusión, y, en tales circunstancias, las muestras de solidaridad y compañerismo se suceden. Entrañables los pasajes en los que narra la Nochebuena en el granero de Volochyska, en el que, más allá de la precariedad de la situación, los reclusos sacan fuerza de flaqueza para entonar villancicos polacos populares o recitar un pequeño fragmento de *Wyzwolenie*, de Wyspiański. Y es que, a pesar de todo, a pesar de los métodos psicológicos soviéticos —la megafonía instalada en el campo no dejaba de emitir noticias falsas, desmoralizadoras, sobre la situación de Polonia, por no hablar del trato vejatorio— y a pesar de las extremas condiciones físicas, rodeados como estaban por el frío, la escasez de alimento, y la proliferación y expansión de enfermedades, destaca la inamovible y siempre digna lucha por la

supervivencia. Una lucha que es la voluntad de volver a la Polonia independiente de antes de la guerra, del reencuentro con la familia o de la simple búsqueda y ansia de libertad. Anhelos que pocos pudieron ver cumplidos, truncados por la brutalidad de un enemigo que pronto dejaría de serlo.

Efectivamente, en junio de 1941 estalla la guerra entre Alemania y la Unión Soviética, y sólo dos meses después, con la firma del pacto militar Sikorski–Stalin, las relaciones diplomáticas entre la URSS y Polonia cambian radicalmente. A los prisioneros, arrestados o deportados por los soviéticos después de septiembre de 1939, se les libera para formar un ejército polaco en territorio soviético, en alguna parte indefinida del sur, mientras que a Czapski se le encomienda la quimérica búsqueda de los desaparecidos. Es, precisamente, esta búsqueda, que es un viaje continuo, lo que Czapski relata en el segundo escrito, que da nombre al propio libro, titulado «En tierra inhumana».

Esta segunda parte presenta una extraña mezcla de contenidos, pues entre el libro de memorias, en el que traza con meridiana claridad psicológica las más diversas personalidades, tanto polacas como rusas, del general Anders a los segundos de Mólotov, y el libro ético, que narra la búsqueda de los desaparecidos, con todas las dificultades y zancadillas puestas por la NKVD, se cuele el libro de viajes, aunque no en el sentido con el que se asocia, generalmente, a este tipo de género, pues aquí, claro está, se trata de viajes forzados, de dificultades enormes en trenes atestados de gente. Hay aún otro libro, entrelazado con los anteriores, que es el del Czapski intelectual, que atesora conocimientos tan profundos como variados. Se observa aquí una mezcla de contenidos, pero sin menoscabo de la unidad del escrito, sin merma de la integración de sus partes en un todo, resultado de un estilo lleno de color y

unos recuerdos que vuelan de un asunto a otro sin perder el rumbo. Todo ello a pesar de las circunstancias en las que Czapski escribe, llenas de saltos en el tiempo y en el espacio, pues el texto lo escribe entre 1942 y 1947, en forma de informe en Rusia y como libro de memorias en Irán y Francia.

Czapski se remonta a la liberación de los presos de Griazovets y su posterior traslado a Buzuluk en los dos primeros capítulos. Apunta en el primero de ellos las sensaciones iniciales de la libertad recobrada: «el encanto de caminar por una vereda fangosa, fuera de la alambrada, a través de campos áridos y villorrios míseros» (pág. 70), y en el segundo deja el protagonismo a sus compañeros de viaje, de uno de los cuales leemos un impresionante poema cuya traducción ha respetado la rima: «Y nos miran como a sus fieles aliados / Que a su lado lucharán con los malvados. / Nuestra Águila Blanca y su Estrella Roja, / Así de la historia se ha vuelto la hoja. / Ya se han olvidado cuántos estragos han hecho» (pág. 84). Sigue a estos el capítulo dedicado a la instalación de los supervivientes polacos —aquellos que en un principio debían formar el ejército polaco en la URSS— en la población de Tock. Titula este capítulo «El idilio sureño», sin duda de forma irónica, si leemos las duras condiciones en las que se encontraba, justo cuando Czapski empezaba a desempeñar las tareas relacionadas con la búsqueda de los desaparecidos y recibía «los primeros rumores de que habían sido liquidados en masa y a sangre fría por las autoridades bolcheviques» (pág. 95). La tarea encomendada se ve dificultada por dos periodos de enfermedad pasados en el hospital —relatados en el capítulo siguiente, en el que vuelve a poner el acento más en sus compañeros que en él mismo— y por el método empleado para confeccionar la lista de los desaparecidos, a partir de recuerdos y relatos de segundas personas, informes

y confesiones.

Esta tarea le lleva a desplazamientos y estancias breves en Buzuluk, Orenburg, Kuibichev y Moscú. En la primera ciudad pasaría su primera Nochebuena en libertad, rodeado de toda la vida social del estado mayor, pero al fin y al cabo decepcionado por lo que veía, crítico con el «nos queremos mucho» del ambiente general de embriaguez, incluso añorando las dos anteriores que había pasado en esclavitud. Situación ante la cual, en el capítulo reservado a este escena, titulado «La Nochebuena», Czapski dedica unas preciosas páginas —no las únicas— a la literatura polaca, a su calidad, criticando su estado de casi desconocimiento, páginas en las que nos plantea esa función transmigradora y pacificadora de la literatura. También en Buzuluk tiene lugar el relato del teniente Sołczyński, que Czapski reproduce íntegramente en el capítulo que da nombre al escrito y al libro, y en el que leemos otro de tantos testimonios que aparecen en esta obra, con la severidad y violencia de la situación. A Orenburg le lleva la noticia de que allí se encuentra la central del Gulag. Efectivamente, en el capítulo «El Gulag» acompañamos la visión de Czapski cuando, en el despacho del general Nasedkin, observa un mapa de los gulags repartidos por la Unión Soviética: «las constelaciones más grandes se hallaban en la península de Kola, en Komi y en Kolyma. Además, había una estrella de las grandes en los alrededores de Yakutsk y Verjoiansk» (pág. 186). Por entonces ya ha reunido un importante volumen de información, en forma de memorial, por lo que decide denunciar las desapariciones a las altas instancias de Moscú. Otro viaje más, pues, que relata en «El palacio de la miseria», título en alusión a la estación de Kuibichev, en la que pasaría días de espera devorando diversas novelas, en busca de «una ficción facilona que, más que una escapatoria de la realidad, era una forma de

aturdir los sentidos para dejar de percibirla» (pág. 206). Ya en Moscú, Czapski entrega al general Reichman el malogrado memorial. Sin embargo, el esfuerzo es en vano. Czapski regresa a Kuibichev, donde le sorprende la noticia del inminente traslado del ejército polaco al Turquestán.

Czapski se incorpora a la nueva sede del Estado Mayor, instalado en Jungi-Jul, cerca de Tashkent, después del viaje narrado en «Por la estepa», capítulo en el que nos demuestra su conocimiento de la historia y vida de estos pueblos. A ese nuevo periodo en Jungi-Jul dedica tres capítulos, en los que destaca, en la vida de Czapski, el abandono –al menos a nivel oficial– de la búsqueda de los desaparecidos, y el nombramiento por el general Anders de «jefe de propaganda del ejército». Sus actividades se desarrollan ahora más en el plano cultural que militar –sin abandonarlo–, algo que se deja notar en estos últimos capítulos del libro, sobre todo en «Nubes y palomas», en el que se pone en contacto con el escritor ruso Aleksei Tolstói, y en «El piano de Chopin». Su nuevo cargo tenía la función de mantener el ánimo de luchar por Polonia en cualquier momento; empresa harto difícil, sobre todo por los altos niveles de enfermos en el ejército, entre los que encontramos, de nuevo, a Czapski. En el capítulo «Ak-Altyn» narra la convalecencia y dedica numerosas páginas a su visión de la pintura, influenciado por los paisajes que divisa desde la ventana del hospital.

Llegamos al final del libro, de nuevo con otro traslado, esta vez camino de la fronte-

ra entre Turkmenistán e Irán, para lo cual Czapski, junto con los rezagados del ejército, tendrá que cruzar el inhóspito desierto de Karakum. Ya en Irán, alejado de la «Tierra inhumana», entona la plegaria que los fieles hacían a Alí al-Reza: «que los ampare en los viajes por mar y por tierra y que los guarde... “del tormento del exilio”» (pág. 443). Y, por último, «La despedida», capítulo que no deja de tener el sabor agridulce del fin de una pesadilla, consciente de que sus consecuencias y recuerdos los sufrirá hasta el final.

Sin espacio para más, no nos queda más que la recomendación de estas memorias, de este libro de viajes y manual de arte, de este informe de la historia silenciada, un alegato sincero y, a veces, brutal, por la supervivencia, por la defensa a ultranza –siguiendo al Fausto de Goethe, al que Czapski cita– de que «la rama dorada de la vida siempre verde» (pág. 380). Y, de paso, animamos a los lectores a que conozcan, también, al Czapski pintor, que atesora en su pincel la misma sensibilidad y personalidad que en su pluma, que busca, como nos recuerda Zagajewski, «compaginar lo esotérico con lo exotérico, lo universal».

RICARDO ZARCO MALDONADO
Universidad de Granada